



EDITORIAL Abril 2010

“El **A**mor y la **b**ondad son una **r**evolución **i**mparable de **l**ibertad.”

Hemos asistido en estos días a la celebración Cristiana por excelencia, el tiempo litúrgico más fuerte de la vida de la iglesia. La semana en la que el pueblo se manifiesta en multitud de celebraciones, rememorando los últimos días de la vida de Jesús de Galilea...su pasión y muerte.

¡Pero hay un grito!

¡Que clama la cristiandad! Y que recorre de una punta a otra el orbe entero...

Es el grito que primero dieron las mujeres, que seguían a Jesús de Nazaret, desde antes de ser aprendido en mitad de la noche, en el huerto de los olivos cuando estaba orando con sus discípulos. Luego fue juzgado sin ninguna garantías, acusado con falsos testigos, de delitos que nunca cometió. Para mas tarde, en cuestión de horas condenado a muerte por los judíos.

Pero al estar sometidos al poder Romano, tuvieron que llevarle ante Pilatos, para que le Juzgaran. Le torturaron, dándole golpes y latigazos, mofándose y coronándole de espinas, mostrándose al pueblo diciendo ahí tenéis a vuestro rey...

Solo se escucho una voz cargada de odio, ¡crucifícale, crucifícale! Nosotros no tenemos otro rey, más que al Cesar. Murió como un bandido, entre ladrones. Le colgaron de un madero clavado en el monte del Gólgota, asegurándose de su muerte, atravesando con una lanza su costado.

Todo su cuerpo era una llaga, desde su cabeza coronada de espinas, su rostro desfigurado por los golpes y la dolorosa agonía de una muerte por asfixia, al estar sujeto a la cruz por clavos que atravesaban sus manos (que habían obrado tanto bien) y sus pies montado uno sobre el otro, clavados juntos. Sobre ellos se apoyaba para coger aire, y poder decir con infinito esfuerzo, las últimas palabras que guardamos como el más preciado testamento, de alguien que sabe que va a morir y tiene delante a los suyos, a su madre.

Fueron un grupo de mujeres las que dieron el grito que rompió el alba. En ocasiones a los hombres nos acobarda el miedo y nos escondemos para no tener que dar la cara. A pesar de que tengamos pruebas del amor de Dios en nuestras vidas, como les ocurrió a los apóstoles que llevaban tres años acompañando a Jesús de Galilea y habían visto sus obras.

Dicen que las mujeres iban preocupadas discutiendo quien les movería la pesada piedra que sellaba el sepulcro donde fue dejado, con premura pues quedaba poco tiempo para la fiesta del Sabbat, y ningún judío quería estar impuro por no cumplir la ley. Ellas llevaban lo necesario, perfumes y aromas para lavar el cuerpo inerte que vieron descender de la cruz.

Al llegar, encontraron la gran piedra desplazada a un lado, y a dos hombres vestidos de blanco en la puerta que les preguntaron... ¿a quien buscáis? -¡a Jesús de Nazaret! Venimos a lavar su cuerpo con

aromas y prepara el sudario. -¿si os lo habéis llevado vosotros, decirnos donde esta? y nosotras iremos por el.

-¿Por qué buscáis entre los muertos al que esta vivo? ¿Acaso no dijo cuando estaba con vosotros, que resucitaría al tercer día?

Las mujeres cayeron de rodillas, soltaron de sus manos las cosas que llevaban y retrocediendo a toda prisa sobre sus pasos, fueron a donde estaban encerrados los discípulos por temor.

-¡Abrir, abrir! ¡A resucitado!, ¡aleluya, aleluya! ¡El Señor ha resucitado!

-Salieron los apóstoles, para que se callaran las mujeres, cuando les contaron lo que había sucedido, Pedro y Juan corrieron hacia el sepulcro, al llegar Juan se quedo en la puerta, y Pedro entro, vio las telas del sudario recogidas y dobladas sobre la piedra donde le habían dejado, pero él no estaba. Entonces recordaron sus enseñanzas, “destruir este templo y en tres días lo levantara de nuevo”.

En los días siguientes se apareció a los discípulos de Emaus cuando regresaba abatidos por haber presenciado la muerte en la cruz del Mesías al que seguían y por el que lo habían dejado todo, a los apóstoles pidiéndoles que comieran con él en la playa donde les tenía preparado pescado después de una noche de trabajo infructuosa y he de suponer que también a María, su madre que estuvo con el, al pie de la cruz y lo tomo en sus brazos antes de llevarlo al sepulcro.

Esta es la piedra angular de la fe cristiana, que el Señor resucitado sea la guía y la esperanza de nuestras vidas, que deseemos de todo corazón ser mejores, hijos, hermanos, padres, abuelos en definitiva, mejores personas cada día.

Anunciar a todo el mundo que ¡la muerte ha sido vencida!

-¡Aleluya, aleluya, aleluya!

¡Cristo ha resucitado!

¡Feliz Pascua, para todos!

Clemente Querta